

El extraño caso del Sr. Valdemar

Por Edgar Allan Poe



No me sorprende que el extraordinario caso del Sr. Valdemar haya generado tanta polémica. Hubiera sido un milagro que ello no aconteciera, especialmente en estas circunstancias. Quienes participamos queríamos mantener este suceso alejado del público; por lo menos por un tiempo o hasta que pudiéramos investigar un poco más lo que ocurrió. Sin embargo y pese a nuestros esfuerzos, se difundió una versión tan espuria como exagerada que provocó muchas tergiversaciones y, como era de prever, un gran escepticismo.

Siento que ha llegado el momento de dar a conocer los hechos, en la medida de mi comprensión. Helos sucintamente aquí:

En los últimos años estuve reiteradamente atraído por el estudio del mesmerismo; y hace aproximadamente nueve meses advertí que, en entre los experimentos realizados hasta ahora, había una importante e inexplicable omisión. Nadie había sido hipnotizado in articulo mortis. Por lo tanto quedaba por averiguar, primero; si un paciente en ese estado era susceptible de influencia magnética; segundo, si en caso de que lo fuera, su condición aumentaría o disminuiría dicha susceptibilidad y tercero; hasta qué punto o por cuánto tiempo la hipnosis podría detener la invasión de la muerte. Había otros puntos por comprobar, pero éstos excitaban en mayor grado mi curiosidad, especialmente el último por la enorme importancia de sus consecuencias.

Buscando algún sujeto que pudiese aclararme estos puntos pensé en mi amigo, el Sr. Ernest Valdemar, conocido compilador de la Bibliotheca Forensica y autor (bajo el nom de plume de Issachar Marx) de las visiones polacas de Wallenstein y Gargantúa. El Sr. Valdemar, que residía principalmente en Harlem,

Nueva York, desde el año 1839, llama (o llamaba) particularmente la atención por su extrema delgadez (sus extremidades inferiores se asemejaban mucho a las de John Randolp) y también por la blancura de sus patillas, que contrastaban violentamente con la negrura de su cabello, el cual hacía suponer que usaba una peluca. Su temperamento era singularmente nervioso y hacía de él un buen sujeto para la experiencia mesmérica. En dos o tres ocasiones había conseguido dormirle sin mucha dificultad, pero me decepcionó no alcanzar otros resultados que su peculiar constitución me habían hecho naturalmente anticipar. Su voluntad no quedaba completamente sometida a mi gobierno y por lo que respecta a la clarividencia, no pude obtener de él nada digno de relieve. Siempre atribuí mi fracaso a su delicado estado de salud. Unos meses antes de conocerle, sus médicos le habían diagnosticado tuberculosis. El Sr. Valdemar siempre se refería con calma a su cercano fin, como algo que no podía ser ni evitado ni lamentado.

Cuando se me ocurrieron por primera vez las ideas que he mencionado, consideré natural pensar en el Sr. Valdemar. Conocía demasiado la serena filosofía de mi amigo para temer algún escrúpulo de su parte y además, carecía de parientes en América que pudieran oponerse. Le hablé francamente del asunto y, para sorpresa por mi parte, su interés pareció vivamente excitado. Digo con sorpresa porque, si bien siempre se había prestado amablemente a mis experiencias, nunca había demostrado el menor interés hacia ellas. Su enfermedad era de las que permiten calcular con exactitud la época de la muerte y acordamos que me mandaría a buscar unas veinticuatro horas antes del término fijado por los médicos para su deceso.

Hace más de siete meses recibí del Sr. Valdemar la siguiente nota escrita de su puño y letra:

Querido P... Puede usted venir ahora. D... y F... están de acuerdo en que no puedo pasar de la media noche de mañana, y creo que han acertado la hora con bastante aproximación.

Valdemar

Recibí esta nota a la media hora de haber sido escrita y quince minutos después me hallaba en la habitación del moribundo. No le había visto durante diez días y me impresionó la terrible alteración que en tan breve lapso se había producido en él. Su rostro tenía un color plomizo; sus ojos carecían totalmente de brillo y su delgadez era tan extrema que la piel de sus pómulos estaba agrietada. Su expectoración era excesiva y su pulso, apenas perceptible. Sin embargo, conservaba una notable lucidez mental y cierto grado de fuerza física. Hablaba con claridad, tomaba sin ayuda algunas drogas calmantes y cuando ingresé en la habitación, estaba ocupado escribiendo notas en una agenda. Se mantenía sentado en el lecho con la ayuda de sendas almohadas. Los doctores D... y F... le atendían.

Luego de estrechar la mano de Valdemar, llevé aparte a los médicos y les pedí que me explicaran minuciosamente el estado del enfermo. Hacía ocho meses que el pulmón izquierdo se hallaba en un estado semióseo o cartilaginoso y era inútil para toda función vital. La parte superior del pulmón derecho estaba osificado en su mayor parte, mientras que la región inferior era simplemente una masa de tubérculos

purulentos que penetraban unos en otros. Existían diversas perforaciones profundas y una adherencia permanente de las costillas. Estos fenómenos del lóbulo derecho eran de fecha relativamente reciente. La osificación se había desarrollado con una rapidez desacostumbrada; un mes antes no se había descubierto ninguna señal y la adherencia sólo había sido observada en los tres últimos días. Independientemente de la tuberculosis, sospechaban que el paciente sufría un aneurisma de la aorta; pero los síntomas de osificación hacían imposible una diagnosis exacta. La opinión de ambos médicos era que El Sr. Valdemar moriría aproximadamente a la medianoche del día siguiente, domingo. En ese momento, eran las siete de la tarde del sábado.

Al abandonar la cabecera del enfermo para hablar conmigo, los doctores D... y F... le habían dado su último adiós. No tenían intención de volver pero, a pedido mío, consintieron en ver al paciente a las diez de la noche del día siguiente.

Cuando se marcharon, hablé libremente con el Sr. Valdemar de su próxima muerte, detallándole la experiencia propuesta. Declaró que estaba muy animado y ansioso por llevarla a cabo y me urgió para que comenzase. Dos enfermeros -un hombre y una mujer- lo atendían, pero no sentía confianza para comenzar un experimento de tal carácter frente a testigos de tan poca responsabilidad, para el caso de que ocurriera un accidente súbito. Retrasé la operación hasta las ocho de la noche del día siguiente; pero la llegada de un estudiante de Medicina que conocía (el Sr. Theodore L...), me libró de toda preocupación. En un principio, había sido mi propósito esperar a los médicos, pero decidí comenzar; tanto por los ruegos apremiantes del Sr. Valdemar, como por mi convicción de que era evidente que agonizaba con rapidez.

El Sr. L... fue tan amable que accedió a mi deseo y se encargó de tomar notas de cuanto ocurriese; por lo que voy a reproducir ahora, la mayor parte de su memorándum, condensado o copiado verbatim.

Faltaban cinco minutos para las ocho cuando le pedí al Sr. Valdemar que manifestara con claridad frente al Sr. L... su deseo de ser hipnotizado en el estado en que se encontraba.

Él replicó, débil pero muy claramente:

-Sí, deseo ser mesmerizado -añadiendo inmediatamente- Temo que lo haya usted retrasado demasiado.

Mientras hablaba, comencé a realizar los pases que en otras oportunidades habían resultado efectivos para adormecerle. Fue evidente que sintió el influjo del primer movimiento lateral de mi mano a través de su frente; sin embargo, pese a todo mi esfuerzo, no obtuve ningún otro resultado perceptible hasta unos minutos después de las diez cuando los doctores D... y F... llegaron, como lo habían prometido. Les explique en pocas palabras lo que me proponía y no tuvieron objeción alguna, considerando que el paciente estaba en agonía. Por ello, continué sin vacilar dejando los pases laterales para intentar otros verticales y centrándome en el ojo derecho del enfermo.

En ese momento, su pulso era imperceptible y su respiración estertórea; interrumpida en intervalos de medio minuto.

Esta situación duró un cuarto de hora sin ningún cambio. Transcurrido este período, no obstante, un suspiro natural y profundo se escapó del pecho del moribundo y cesaron los estertores, o al menos no fueron perceptibles; aunque los intervalos de su respiración persistían. Las extremidades del paciente estaban heladas.

A las once menos cinco noté señales inequívocas de influencia mesmérica. El vidrioso girar de sus ojos se había trocado en esa penosa expresión de mirada interior que sólo se ve en casos de sonambulismo y acerca de la cual es imposible equivocarse. Con algunos breves pases laterales hice que palparan sus párpados, como cuando el sueño nos domina y con otros más, logré cerrarlos del todo. Sin embargo y no satisfecho con esto, continué vigorosamente mis manipulaciones haciendo mi mayor esfuerzo hasta conseguir la rigidez completa de sus miembros a los que previamente había colocado en una postura que me pareció cómoda. Sus piernas quedaron extendidas así como los brazos, que reposaban en la cama a regular distancia de su cuerpo, mientras su cabeza quedó apenas levantada.

Cuando terminé era de medianoche y rogué a los presentes que examinaran el estado del Sr. Valdemar. Luego de algunas verificaciones admitieron que se hallaba en un estado de catalepsia hipnótica, insólitamente perfecto. La curiosidad de ambos médicos estaba muy excitada. El Dr. D... decidió de pronto permanecer toda la noche junto al paciente, mientras el doctor F... se despidió, prometiendo volver al rayar el alba. El Sr. L... y los enfermeros se quedaron.

Dejamos al Sr. Valdemar completamente tranquilo hasta cerca de las tres de la madrugada; entonces me acerqué y lo hallé en idéntico estado que cuando el Dr. F... se había marchado, es decir, que yacía en la misma posición y su pulso era imperceptible. Respiraba sin esfuerzo y casi no se advertía su aliento a menos que se le acercara un espejo a los labios. Sus ojos estaban cerrados naturalmente y sus miembros rígidos y fríos como el mármol. No obstante, su aspecto general no era ciertamente el de la muerte.

Al aproximarme al Sr. Valdemar intenté con movimientos suaves sobre su cuerpo inducir a su brazo a seguir al mío. Nunca antes había tenido éxito con este experimento y lejos estaba de pensar que pudiera lograrlo ahora; pero para mi sorpresa, su brazo se desplazó débil y suavemente en la dirección que le señalaba. Me decidí entonces a intentar una breve conversación.

-Sr. Valdemar -dije-... ¿Duerme usted?

No contestó, apenas percibí un ligero temblor en las comisuras de sus labios y ello me indujo a repetir la pregunta una y otra vez. Al tercer intento, su cuerpo se agitó con un levísimo estremecimiento y sus párpados se entreabrieron dejando ver apenas una línea blanca del globo ocular. Sus labios se movieron lentamente y un breve un murmullo apenas perceptible, dejó escapar estas palabras:

-Sí..., ahora duermo. ¡No me despierten! ¡Déjenme morir así!

Toqué sus miembros y los hallé tan rígidos como siempre y comprobé que su brazo derecho seguía obedeciendo la dirección de mi mano, cuando volví a preguntar al sonámbulo:

-¿Le duele el pecho, Sr. Valdemar?

De inmediato contestó, con un susurro aún menos audible que antes.

-No sufro... ¡Me estoy muriendo!

No me pareció prudente molestarlo más y no pronuncié palabra hasta que regresó el doctor F..., un poco antes de la salida del sol. Al llegar, quedó estupefacto al encontrarlo todavía con vida a su paciente. Luego de tomarle el pulso y de acercarle un espejo a los labios, me rogó lo hablara otra vez. Entonces le pregunté:

-Sr. M. Valdemar, ¿duerme aún?

Como la primera vez pasaron unos minutos antes de que respondiese y durante ese intervalo el moribundo dio la impresión de estar juntando fuerzas para hablar y cuando le hice por cuarta vez la pregunta, dijo débilmente:

-Sí, duermo... Me estoy muriendo.

En ese momento los médicos opinaron que lo mejor era que se permitiese al Sr. Valdemar reposar sin ser turbado en ese estado de aparente tranquilidad, hasta que sobreviniere la muerte. Añadieron de manera unánime que era inminente. Decidí, no obstante, hablarle una vez más limitándome a reiterar mi anterior pregunta.

Mientras lo hablaba, un notable cambio se produjo en el rostro del paciente. Sus ojos giraron en sus órbitas y al abrirse con lentitud, sus pupilas desaparecieron girando hacia arriba. La piel adquirió un tono cadavérico asemejándose, más que al pergamino a un papel blanco; y los círculos héticos, que hasta entonces se destacaban en el centro de cada mejilla, se extinguieron de súbito. Empleo esta expresión porque lo instantáneo de su desaparición trajo a mi memoria la imagen de una vela que se apaga de pronto. El labio superior se retrajo dejando al descubierto los dientes; mientras que la mandíbula inferior cayó con una sacudida perceptible, dejando la boca abierta de par en par y revelando la lengua hinchada y ennegrecida. Imagino que los presentes estaban acostumbrados a los horrores de un lecho mortuario; pero el aspecto del Sr. Valdemar era tan pavoroso, que todos nos apartamos de la cama.

Llegado a este punto del relato, soy consciente que el lector puede sentir una absoluta incredulidad; sin embargo, me veo en la obligación de continuarlo.

No había en el Sr. Valdemar el menor signo de vitalidad y convencidos de que estaba muerto, decidimos confiar su cuerpo a los enfermeros; cuando se observó en la lengua un fuerte movimiento vibratorio, que duró tal vez durante un minuto. Cuando cesó, de sus mandíbulas abiertas e inmóviles salió una voz que sería insensato pretender describir. No obstante ello, podríamos otorgarle en alguna medida, dos o tres epítetos; por ejemplo, que su sonido era áspero, quebrado y cavernoso. Del todo indescriptible por la sencilla razón de que jamás algún oído humano ha percibido sonido semejante. Dos peculiaridades, pensé entonces y aun lo sostengo, pueden ser señaladas como propias de aquel sonido para darnos una idea de su naturaleza ultraterrena. En primer lugar, la voz parecía llegar a nuestros oídos - o al menos a los míos- desde alguna profundidad insondable; y en segundo lugar, generaba la misma sensación que provocan al tacto las materias gelatinosas o viscosas.

He hablado a la vez de “sonido” y de “voz”. Quiero decir que en el sonido, se distinguían las sílabas con una maravillosa y estremecedora claridad. El Sr. Valdemar hablaba y era evidente que respondía a la pregunta que le había formulado minutos antes, cuando aún dormía, y nos dijo:

-Sí... No... Estuve durmiendo..., y ahora..., ahora... estoy muerto.

Ninguno de los presentes trató de negar o siquiera reprimir el inexpresable y estremecedor espanto que estas pocas palabras, así pronunciadas, nos produjo. El Sr. L..., el estudiante, se desvaneció. Los enfermeros escaparon del cuarto y fue imposible hacerlos regresar. No pretendo comunicar al lector mis propias impresiones. Durante cerca de una hora nos ocupamos en total silencio y sin pronunciar palabra, de reanimar al SR. L... y cuando volvió en sí, volvimos a investigar el estado del Sr. Valdemar.

Permanecía, en todos los aspectos, tal como lo he descrito, salvo que el espejo ya no indicaba la menor señal de respiración. Fue inútil un intento de sangría y debo decir, asimismo, que su brazo ya no estaba sujeto a mi voluntad. Me esforcé en vano en hacerle seguir la dirección de mi mano. La única indicación real de la influencia mesmérica sólo se manifestaba en el movimiento vibratorio de la lengua cada vez que hacía al Sr. Valdemar una pregunta. Podía percibirse el esfuerzo que hacía para responder, pero su voluntad no era suficiente. Si cualquier otra persona que no fuese yo lo interrogaba, permanecía insensible, aunque yo intentase poner a esa persona en relación mesmérica con él. Creo que he relatado todo lo necesario para que se comprenda el estado del hipnotizado en ese momento. Conseguimos otros enfermeros y a las diez abandoné la casa en compañía de los dos médicos y del Sr. L...

Por la tarde volvimos todos a ver al paciente. Su estado continuaba siendo exactamente el mismo. Discutimos acerca de la oportunidad y posibilidad de despertarlo; pero concluimos que nada bueno se conseguiría con ello. Resultaba evidente que, hasta entonces, la muerte -o lo que usualmente se conoce como muerte- había sido detenida por el proceso mesmérico. A todos nos parecía claro que despertar al Sr. Valdemar sería simplemente asegurar su inmediato, o al menos, rápido fallecimiento.

Desde ese momento y por cerca de siete meses, continuamos yendo diariamente a casa del Sr. Valdemar, acompañados, unas veces por médicos y otros amigos. En todo este tiempo, el hipnotizado permanecía exactamente igual, atendido por enfermeros en todo momento.

Fue un último viernes cuando, finalmente, decidimos llevar a cabo el experimento de despertarlo o al menos de tratar de hacerlo; y es acaso el deplorable resultado que obtuvimos, lo que ha promovido tantas discusiones en los círculos privados e incluso en la opinión pública, que no puedo atribuir las sino a una injustificada credulidad popular.

Con el propósito de liberar al Sr. Valdemar de su estado mesmérico, usé los pases acostumbrados. Durante algún tiempo, sin resultado. La primera señal de vida fue un descenso parcial del iris. Se observó, como dato importante, que este descenso de la pupila fue acompañado de un abundante flujo de un icor amarillento

(por debajo de los párpados) de un olor acre y fétido. Me sugirieron entonces que tratase de influir en el brazo del paciente, como antes. Lo intenté, pero sin resultado. Entonces, el Dr. F... insinuó el que le dirigiese una pregunta. Yo lo hice tal con las siguientes palabras: -Sr. Valdemar, ¿Puede usted explicarme cuáles son sus sensaciones o sus deseos? Instantáneamente, los círculos héticos volvieron a las mejillas; la lengua se estremeció, en realidad, giró violentamente en la boca -las mandíbulas y los labios continuaban rígidos como antes-, y por fin la misma pavorosa voz que ya he descrito exclamó con fuerza: -¡Por el amor de Dios! ¡Pronto, pronto! ¡Duérmame o..., pronto..., despiérteme! ¡Pronto! ¡Le digo que estoy muerto! Perdí por completo la serenidad y por un momento no supe qué hacer. Intenté calmar al paciente, pero al fracasar por la total suspensión de la voluntad; cambié el procedimiento y me esforcé por todos los medios para despertarlo. Entendí que esta tentativa tendría éxito -o por lo menos eso pensé- y estaba seguro de que todos los presentes estaban preparados para ver despertar al paciente. Sin embargo, ningún ser humano puede estar preparado para lo que ocurrió. Mientras hacía con premura los pases mesméricos, aturdido por alaridos que decían “¡Muerto, muerto!” proferidos por su lengua agitada entre sus labios inmóviles; su cuerpo, en el breve tiempo de un solo minuto o menos, se contrajo, se deshizo, se pudrió completamente entre mis manos. Sobre el lecho y ante todos los presentes, yacía una masa casi líquida de repugnante y abominable putrefacción.